

# EL DIARIO DE MURCIA

DIRECCION: CALLE DE SAN NICOLÁS, 22.

PERIÓDICO PARA TODOS.

PRECIO: CUATRO RALES AL MES

## LA VELADA DEL CASINO.

Hubiera querido que toda Murcia hubiese podido ver anteanoche el gran salon del Casino y asistir á la velada literaria y musical que allí se verificó.

Hay aquí la creencia de que en el Casino todo se hace con lujo, con esplendidez, con buen tono; pero esta creencia no llega á la realidad.

El Casino, él mismo, en pocos años, ha hecho lo que otras corporaciones no han conseguido en siglos, elevarse á la categoría de una institucion.

Lo digo así, terminantemente, y en pocas palabras, porque tengo poco espacio de que disponer, y no quiero de ningun modo escasear una alabanza justísima á esa sociedad.

Todas, todas las juntas directivas, vienen cooperando al engrandecimiento del Casino; y por eso á la actual le ha tocado bajar un poco mas alto que las demás, como, en efecto, ha ra, lo.

Esta Velada ha sido el acto mas solemne de las fiestas. La han honrado con su presencia lo que no es posible enumerar de hermosas mujeres; porque no bastaba el salon para contenerlas; espaciábase la vista por todos lados, y no se saciaban los ojos de ver hermosura. ¡Vamos, daba gusto ser soltero!

La junta directiva, multiplicándose en todas partes, por medio de los señores Conde de Roche, Trives, Xambó, Madrigal, Sandoval y todos sus individuos, hizo todo lo que pudo para colocar debidamente á las señoras; pero ya decimos que faltaba espacio para ello. Los obsequios de flores, preciosas cajas de dulces, helados y refrescos, realmente se repartieron con tanta profusion como puede hacerse en un palacio real. Muy bien, muy bien, por el Casino y por la junta.

No quiero decir nada de los poetas y literatos que leyeron composiciones; soy uno de ellos, soy amigo de todos y parecería la alabanza interesada. Nuestros lectores las verán en este número y juzgarán. Sí que debo dar gracias á D. Lopez Gisbert y á D. Antonio Arnao, maestros eminentes en literatura, que han tomado parte con nosotros en la Velada, honrando el acto y honrándonos á todos.

¿Pero y de las mujeres? ¿Y de las artistas y poetisas?

¿Qué no se merece esa encantadora Julia Guerra cuando con sus delicadas manos arranca al piano dulcísimos y melódicos acordes, ó se empeña en probar su dominio sobre las teclas, y la facilidad con que vence las mayores dificultades? Merece un aplauso público de admiracion, por eso lo consigno aquí.

Las dos preciosas cartageneras Ana y Ro-

sario Lopez Peñafiel, que son las dos hermanas como un duo vivo, como la melodía de la risa y la sonrisa, como Abril y Mayo por su edad, como un alma en dos corazones de artista por su sentimiento y amor al arte, como dos palomas y un arrullo; de estas dos señoritas, cantando la una y sintiendo lo que cantaba, tocando el piano y tocándolo magníficamente la otra, ó haciendo hablar, cantar versos, á las cuerdas del violín, que parecia animarse, recostado sobre el pecho de la Rosario y sensibilizado por sus dedos de rosa; de estas dos distinguidas señoritas

en cuya frente serena,  
por la blanca espuma impreso,  
llevan al amante beso  
de aquel mar de Cartagena;

de estas dos artistas, solo diré que las proclamaría hijas adoptivas de Murcia.

De Eloisa Perez Pimentel, que es el verdadero nombre de la poetisa que firma sus sentidas poesías con el de María Yarmouth, solo diré que tengo el orgullo de haberla presentado á la sociedad murciana, que tengo por honor grandísimo el haber publicado sus primeros versos; que hizo y leyó una composicion, por la que fué saludada, como inspirada poetisa, con los aplausos del público y con manifestaciones entusiastas y tan autorizadas como las de los Sres. Gisbert y Cañete, haciéndome este último la exigencia de que publique el verdadero nombre de la poetisa, como lo hago, porque, añadió el ilustrado crítico, «será un nombre glorioso para la poesia.»

La señorita, la hermosa niña, hija de D. Juan Tamayo, es un junto de alboradas; es la aurora de una mujer, por su edad; es una esperanza para el arte; es una promesa de felicidad que se vé ha hecho Dios con ella á sus padres. Acompañó en el piano al violinista D. Sixto Hernandez.

De los profesores de música debo por gratitud hacer especial mencion.

El eminente pianista D. Luis Mondejar estaba allí y tocó, con los Sres. Puche y Ramirez, á piano, armonium y violin el Trio de Gounod. No hay que decir si fueron aplaudidos.

D. Sixto Hernandez, tambien murciano, es un gran violinista y un gran profesor, de los que por ahí, por donde van, honran á esta ciudad como madre de artistas.

El acto terminó con una discreta improvisacion del Sr. Gisbert, improvisacion con honores de discurso, en el que probó haber meditado sobre las obras de Saavedra Fajardo, en las que dijo habia encontrado como idea fundamental la nobilísima del amor de la patria. Dijo tambien que iría á la Academia, que le habla nombrado su representante en estas fiestas, á

decir, con tanto orgullo como satisfaccion, lo que Murcia habia hecho en el Centenario del gran escritor murciano.

El Sr. Conde Roche y el Sr. Cañete, leyeron poesías de Saavedra Fajardo; dos preciosas composiciones que bastan ellas solas para añadir el laurel del poeta, á los que de filósofo, político, moralista ó historiador ornaban la frente del autor de «Las Empresas».

La velada terminó después de la una. Repito lo que dije al principio, el Casino, lo mismo por la monumental carroza que condujo los restos, como por la magnífica Velada que reseñamos, merece un voto de gracias del pueblo de Murcia.

Sí, sí, sí!

### LAS COMPOSICIONES.

Señoras, gala gentil  
y orgullo de nuestras gentes,  
niñas puras é inocentes,  
flores de nuestro pensil;

Académicos famosos  
dignos aun de más honores,  
literatos, profesores  
tan sábios como virtuosos;

Artistas, hermoso coro  
de los poetas murcianos,  
mis amigos, mis hermanos,  
honra de Murcia y decoro;

Junta ilustre del Casino,  
que reunes con tu poder  
al arte y á la mujer  
aquí en abrazo divino,

y, por Murcia, dando ejemplo  
de un patriotismo sin tasa,  
has elevado esta casa  
á los honores de templo;

Niñas, que orilla del mar  
de las naves españolas,  
con el rumor de las olas  
aprendisteis á cantar,

que en vuestra frente serena,  
por la blanca espuma impreso,  
llevais el amante beso  
de aquel mar de Cartagena;

Egregio Mantenedor  
de tanta empresa gigante,  
tú que haces que el vate cante  
y eres el agitador

de proyectos sobrehumanos,  
con cuyos potentes bríos  
siempre has honrado á los míos,  
es decir, á los murcianos;

Tú, pianista sin segundo,  
murciano de alto renombre,  
que te has labrado tu nombre  
ya famoso por el mundo;

Poetisas, alma del alma,  
dulce imán del sentimiento,  
que en la lucha del talento  
ya habeis ganado la palma;

Yo, en nombre de la ciudad  
siete veces coronada,  
en nombre de Murcia amada,  
llena de felicidad,



os deseo la paz alma,  
os doy un viva infinito,  
os aplaudo, os felicito  
y os abrazo con el alma...

—  
Cuando llega una ocasion  
de honor, como la presente,  
se escribe lo que se siente,  
lo que dicta el corazon.

Si á la cima, á la colina,  
no llega mi fantasía,  
como nuestra alma es poesía,  
y esta es de Dios, es divina...

Vibra en tal aire la lira  
yendo de la gloria en pos  
que su eco llega hasta Dios  
y viene Dios y la inspira.

—  
Hoy, á los trescientos años,  
sucede una cosa rara;  
creo que el tiempo se para  
como enmendando sus daños;

y se para en el momento  
en que de un hombre inmortal  
se hace mansion sepulcral  
la pila del nacimiento;

cuando lo que de él quedò  
es tampoco á destruir:  
no hay polvo con que escribir  
ni la fecha en que nació.

Pero hoy, en honroso ejemplo,  
su pueblo le resucita;  
le dá por tumba bendita  
su mejor hermoso templo;

le honra con mil desagrayos;  
cubre su tumba de palmas;  
está vivo en nuestras almas  
y alabado en nuestros lábios.

Ah! de sus restos mortales  
siempre perdidos y expuestos,  
honra de él y nuestra, estos...  
estos son sus funerales.

Cubre las fúnebres losas,  
no el paño de luto y gualda,  
sino alfombra de esmeralda  
con mil millones de rosas;

Y es el bendecido incienso  
tanto raudal de poesía,  
y el de la huerta que envía  
de su pebetero inmenso.

No hay aquí nada casual;  
todo esto lo ha hecho el que puede;  
lo que sucedió y sucede  
es cosa providencial.

No fué una mano cualquiera  
la que en recuerdo del hombre  
fijó temblorosa un nombre  
en augusta calavera;

Fué que Dios, en su eternal  
justicia así lo dispuso;  
solo las letras las puso  
el hombre... y las puso mal.

Fué que ni bronce ni piedra  
su nombre llevar podía...  
solo en su frente... cabía  
este gran nombre: ¡Saavedra!

**José Martinez Tornel.**

### SALUDO Á MURCIA.

EN EL TERCER CENTENARIO DEL NACIMIENTO  
DE  
D. DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

De la estéril region del Manzanares,  
á la frondosa orilla del Segura

donde entre rosas, nardos y azahares  
Murcia ostenta su espléndida hermosura;

En alas de ardoroso pensamiento  
hasta vosotros vá la mente mía,  
para decir ¡oh hermanos! lo que siento  
en este fausto, inolvidable día.

No esperéis encontrar en mi palabra  
frases mentidas de estudiado aliño,  
sino el afecto que en mi pecho labra  
con cincel invisible mi cariño.

Siento verme apartado de ese suelo  
donde su airón columpia la palmera,  
donde en mares de luz derrama el cielo  
fulgor que por los aires rebervera;

Donde pródiga quiso la Fortuna  
encantos esparcir de toda suerte,  
donde ignorada se meció mi cuna,  
donde hallaron mis padres santa muerte.

Mas este afan de todos mis instantes,  
deleite vago y torcedor del alma,  
hoy crece al ver que tributais amantes  
á un egregio murciano eterna palma.

Recuerdo que á la falda de una sierra,  
que entre altivos y rudos peñascales  
el venerando santuario encierra  
de la Madre inmortal de los mortales;

De aquella á quien postrado el Angel can-  
que de Dios alcanzó sólio y corona, (ta,  
y que, de gracia pura Fuente Santa,  
es nuestra excelsa, virginal patrona;

Duerme una villa con renombre hermoso,  
de naranjos en flor medio cercada,  
donde él el grande Saavedra vió gozoso  
la luz vital en ínclita morada;

Y me parece que asordando el viento  
resuenan hoy por él en mis oídos  
de la campana el argentino acento  
y vítores y aplausos confundidos.

¡Oh cuánto, cuánto aflige al alma mía  
no poder entre palmas y entre flores  
compartir esa cándida alegría,  
y mezclar mi clamor á esos clamores!

Tambien recuerdo el templo sacrosanto,  
de la insigne ciudad honra y decoro,  
cuyas góticas naves entretanto  
hace vibrar el órgano sonoro;

Y al par escucho la oracion sentida  
de agosto rito y sacerdote austero  
por el descanso del que fué en la vida  
docto varón, piadoso caballero.

¡Cómo quisiera yo tambien ardiente,  
por esas naves hoy no solitarias,  
á la voz de la Iglesia penitente  
mis lágrimas unir y mis plegarias!

¡Inútil anhelar! ¡Vano deseo!  
Con la ilusion mi sentimiento engaño:  
si veros triste y escucharos creo,  
es porque con el alma os acompaño.

Cantad al hombre cuya inmensa gloria  
fué de la ciencia y las virtudes fruto;  
yo tambien, cual ofrenda á su memoria,

un óbolo modesto le tributo.

Y tú, Murcia gentil, que recibiste  
del alto cielo galas con que ornarte,  
premia á tus hijos en que honrada fuiste,  
sostéa á los que luchan por honrarte.

Uno verá en el otro cuando alcanza  
laurel eterno que en su frente pones,  
el mayor incentivo á su esperanza,  
el mejor galardón de sus acciones.

Yo que ilustrar no puedo tus anales  
mi amor te ofrezco, de tu sangre ufano,  
pobre para lo mucho que tú vales,  
grande para el que cabe en pecho humano.

**Antonio Arnao.**

Madrid, 1884.

### A MURCIA.

EN EL CENTENARIO DE SAAVEDRA FAJARDO.

Murcia, la hermosa Murcia, que vives reclinada  
sobre mullida alfombra de perenal verdor:  
la Reina siete veces de gloria coronada;  
la Reina de un gran reino, unjida y proclamada;  
la Reina de las flores; la Reina del amor.

Hoy hermosa cristiana, ayer hermosa mora;  
la que es de suyo hermosa, lo es siempre y por  
eras entonces rica y rica eres ahora; (doquier  
el enemigo tiempo, que todo lo devora,  
no amengua tu riqueza, no amengua tu poder.

Murcia, de campo y huerta preciada labradora;  
tu crias en los valles de tu region feraz  
la delicada seda, la vid embriagadora,  
la hespéride manzana, la palma triunfadora,  
el lauro de la guerra, la oliva de la paz.

Desde tu excelsa Torre dominas la llanura;  
de aqueste lado el monte, del otro lado el mar;  
y corre en torno tuyo pacífico el Segura,  
llevando á tus sembrados la vida y la frescura,  
vistiendo tus jardines de nardo y de azahar.

Tú mas que nadie elevas al cielo refulgente  
sobre dorado globo la sacrosanta cruz;  
y al despuntar el alba por el remoto oriente,  
desde el valle aun en sombras, ve tu devota gente  
en tu bendita insignia, reverberar la luz.

«Lealísima» te llaman; y en serlo mereciste  
el timbre mas honroso de tu ínclito blason,  
del grande Alfonso el Sábio la predilecta tuiste,  
contra su «Bravo» hijo su trono defendiste;  
y él al morir en premio te dió su corazon.

Y cuando el «Cerso» altivo con impetus artera  
contra un Fernando amado sus águilas lanzó,  
tus nobles Fulgentinos volaron los primeros,  
los libros y las plumas trocaron por aceros;  
murieron casi todos; pero ninguno huyó.

Que da tu heróico suelo gallardos lidiadores,  
siempre á morir dispuestos, si ansiosos de vencer  
y crea este sol tuyo inquietos pensadores,  
políticos insignes, poetas y pintores,  
astros del almo cielo del arte y del saber.

Así fué el gran SAAVEDRA, el héroe de este día  
político y soldado, poeta y prosador.  
Las cortes de la Europa llenó su nombradía,  
y el español imperio, do el sol no se ponía,  
honró con sus escritos, pasmò con su valor.

Viviendo fué glorioso, en él no se cebaron  
ni el odio, ni la envidia, por gracia sin igual;  
y es hoy aun mas glorioso: los siglos que pasaron  
en vez de oscurecerlo, su brillo acrecentaron;  
y ya, venido el tiempo, Saavedra es inmortal.

Y tienes otros cientos dignos de eterna fama;



Ella, tu romancero; Salcillo, tu escultor; (ma,  
y el rey de nuestra escena; y el rey del negro dra-  
yel que en sus dulces versos la Religión proclama,  
y el de tus bellas flores suavísimo cantor.

Helos ahí; son tu orgullo, tus glorias verdade-  
miral: todos ellos merecen galardón. (ras;  
Si repartir coronas espléndida quisieras,  
con todos tus laureles bastante no tuvieras;  
tantos tus nobles hijos, tantos y tales son!

Todos ellos brota ron de tu fecundo seno;  
Honra los, que se afanan por merecer tu amor.  
Honra todo lo grande, honra todo lo bueno,  
si buena y grande a spiras à porvenir sereno,  
si quieres ser honra da con inmortal honor.

Lope Gisbert.

Murcia 6 Mayo 1884.

Al ilustre murciano

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

EL GENIO.

¿Es tan sólo vital materia el hombre?  
¿Es su vida el efecto de una causa  
que existe en su organismo? El pensamien-  
que sus acciones rige ¿debe solo (to  
la facultad potente al ciego acaso,  
es no más, del cerebro, una continua  
secreción de las masas que lo forman  
¿nada hay más allá? Gentil locura,  
que, siendo un desvarío, le engrandece;  
porque ella dice cuánto puede el hombre  
¿a dónde llega su saber profundo,  
que hasta el arcano impenetrable y hondo  
de su vida, pretende con anhelo  
adquirir. Mas ¿quién es? Cual es la causa  
que así al humano pensamiento eleva  
a las bellas regiones infinitas  
del saber? El espíritu? El acaso?  
Una tan sólo es la verdad, y hermosa,  
que se muestra refulgente y pura:  
Dios, que es lo necesario y absoluto,  
es centro de verdad y de belleza;  
y todo cuanto es y cuanto ha sido  
de la inmensa Creación, con su invisible  
poder supremo, ordena eternamente.

Entre las misteriosas creaciones  
de Dios, hay una, como todas, bella;  
como todas magnífica y más grande  
que los inmensos mundos que coronan  
la azul esfera. Es la luz divina,  
que naciendo de un foco misterioso  
llega hasta el hombre; su cerebro inflama  
con sacra inspiración, y como incienso  
en el fuego vertido, que, al quemarse,  
en espirales aromosas sube,  
así esta luz brillante, esplendorosa,  
refléjase en las obras ciclopeas  
que alza la humanidad, como patente  
prueba del fuego sacrosanto y puro  
que arde en la mente del mortal. Divina  
y refulgente luz, que dirigiendo  
la marcha de los pueblos y las razas,  
deja á su paso, cual ligera nave  
cuando resbala por el mar, la estela  
brillante que señala su camino:  
y esa esplendente luz que orna la frente  
del hombre, tiene venerando, hermoso,  
un nombre augusto: *Genio*.

Cuando alzando

su vista á lo infinito el sér más bello  
de la Creación, y tiende escrutadores  
sus ojos por la esfera ilimitada  
donde ruedan los mundos en sus ejes

invisibles, y anhela el misterioso  
arcano descifrar, de cuanto nace,  
de cuanto ha sido y es, si llega un punto  
á comprender no más de la grandeza  
que estático admiró ¿debe á sí sólo  
la idea que le mostró clara y fecunda  
tan hermosa verdad? Sin esa llama  
que ilumina su mente ¿emprendería  
las inmortales y sublimes obras  
que deja en su camino? Si las flores  
no tomasen la luz del astro de oro  
que los espacios llena, ni perfumes,  
ni vida, ni color ostentarían  
sobre el tallo, ufanas, que en la sábia  
gradación de los aires, la materia  
vive de la materia, pero el alma  
vive sólo de Dios. Mas ¿qué es el Génio  
para ejercer, potente y soberano,  
su influjo sobre el hombre? Algo es que vive  
y á la humana razón siempre se oculta.  
Parte espiritual de nuestra vida:  
incomprensible amor á lo infinito:  
es del Sér *perfectísimo* el reflejo,  
es, en fin, creación tan portentosa  
del divino poder, que á veces sube  
tanto en su libre vuelo y tanto escala  
las celestes alturas, que allí toma  
parte de lo inmortal, y vuelve al mundo  
rodeado de luz, iluminando  
con su limpio esplendor los monumentos  
que altivo eleva con su ciencia el hombre.

¡Salve, Génio inmortal, yo te saludo!  
Tú que desde el *principio* sobrevives  
en invisible espacio, y te coronas  
rey del humano pensamiento, y llenas  
de bellezas el mundo. Tú que miras  
amontonarse siglos sobre siglos,  
y ves desaparecer razas y pueblos  
por la inercia del hombre, ó por las luchas  
fratricidas, que llevan el destrozo,  
la miseria y el mal á los hermanos,  
y en calma imperturbable, nuevamente  
vuelves á iluminar con tu grandeza  
la faz del mundo. Tú que eres lo bello,  
lo grande y lo magnífico, ilumina  
con claro resplandor mi pátria amada:  
que en el brillante cielo de su gloria  
fulgure la verdad como ornamento;  
la belleza y la paz, y que sus hijos  
vivan siempre inspirados con tu aliento.

José María García.

Si en tus blasones, Murcia, no ostentaras  
emblemas de lealtad y de hidalguía,  
si otros hijos ilustres no contaras,  
á tu fama y renombre bastaría  
que pátria de Saavedra te llamaras.

No un alarde de patrio sentimiento,  
ni la lisonja vil mueven mi labio  
cantando de Saavedra el gran talento,  
el mundo entero le proclama sábio  
y al coro universal uno mi acento.

Si al artista de mágicas creaciones,  
ora los pueblos, ora las naciones  
alzan estátuas de eternal memoria,  
¿Qué merecen entonces los varones  
que enriquecen los libros de su historia?

Los que solo á su pátria se debieron,  
y en su leal servicio envejecieron,  
y á su querida pátria consagraron,  
las luces que del cielo recibieron  
y el láuro inmarcesible que alcanzaron!

Y esos sábios de rara inteligencia (do.  
¿No han de tener un culto? Y muy cumpli-

Culto eterno, perpétua reverencia,  
sus libros les escudan del olvido  
que son los monumentos de la ciencia.

¡Pero cuánto martirio y cuanta herida  
para alcanzar la fama enaltecida!  
Y en llegando á la cumbre de la gloria  
¡Qué amargos desengaños de la vida!  
¡Qué helado el corazón, y cuanta escoria!  
¡Oh venturosa edad, en que la mente  
eleva poderosa el ráudo vuelo  
en busca de otra luz y de otro ambiente,  
que son los goces que le ofrece el suelo,  
poco, muy poco, á su anhelar vehemente.

Y al llegar á esa edad de la poesía,  
como las aves cuando rompe el día  
deja Saavedra el amoroso nido  
y en alas de su rica fantasía  
á otras regiones se lanzó atrevido.

Y por doquiera su talento alcanza  
merecidos aplausos y favores;  
su camino sembrado está de flores,  
en realidad se torna la esperanza,  
y le abruman de láuros y de honores.

Pero la envidia, la fatal envidia,  
que no solo en el cedro levantado  
deja su duro diente señalado,  
sí que también lo clava con perfidia  
en los espinos y en la flor del prado.

Esa pasión innoble y perniciosa,  
enemiga del alma generosa,  
del honor, de la fama y de la suerte,  
que implacable, tenaz, torpe y sañosa  
á su víctima sigue hasta la muerte.

Esa pasión cruel que no se sácia  
de rasgar corazones con sus presas,  
que todo lo atropella con su audacia,  
ella la causa fué de la desgracia  
del inmortal autor de *Las Empeñas*.

¿De la desgracia? No, que vive pura  
dentro del corazón su fé cristiana,  
y ella le fortalece y le procura,  
un asilo de paz y de ventura  
donde no llegue la miseria humana.

Desgracia es el caer de la opulencia  
arrastrando el honor en la caída  
y legar una historia envilecida,  
llevando un torcedor en la conciencia  
que haga imposible soportar la vida.

Pero Saavedra, nó, llegó al convento  
sin oír esa voz dentro del alma  
que produce terror y abatimiento,  
llegó buscando la preciosa calma  
cansado el corazón y el pensamiento.

En el claustro, su espíritu gigante  
á Dios se acerca más con más profundo  
y fervoroso amor á cada instante,  
se eleva su oración tierna y amante  
al Dios clemente Redentor del mundo.

Y en la plegaria que del alma brota,  
y con el llanto que su rostro empañía,  
á Dios le pide por la triste España,  
por que vé la bandera odiada y rota  
y en todas partes renacer la saña.

Y el que sábio, valiente y caballero,  
á su pátria sirvió con tanto brío,  
domando la altivez del extranjero,  
sintió en el corazón intenso frío  
de su España mirando el derrotero.

Y en el período aquel de decadencia  
en que el cielo de España se nublabá  
y negra tempestad amenazaba  
y el grito de la ansiada independencia  
por uno y otro pueblo resonaba;

Perdió también la pátria al eminente  
y severo escritor, sábio profundo,



político sagaz, alma creyente,  
sublime corazón y astro fulgente  
capaz él solo de alumbrar un mundo.

Hoy que guardas ¡oh Murcia! en santo  
los restos de aquel hijo esclarecido (templo  
que de ciencia y virtud fué noble ejemplo,  
hoy que alegre y dichosa te contemplo  
por que reparas tu culpable olvido;

Por tus hijos sacude tu pereza  
y que en ellos estén tus ojos fijos,  
que ellos formen tu orgullo y tu grandeza;  
la gloria de las madres son sus hijos  
y el olvido en las madres es vileza.

Virgilio Guirao.

2 Abril.

### GLORIAS DE MURCIA.

Cante mi patria el himno de su gloria;  
escriba de su historia  
páginas mil que ensalcen su grandeza,  
y broten en sus mágicos vergeles  
las palmas y laureles  
con que el génio corona su cabeza.

Lleve la fama su glorioso nombre  
para que al mundo asombre,  
y allí do aliente un corazón hispano,  
haga latir la generosa fibra  
que al entusiasmo vibra,  
con acento potente y soberano.

Murcia, Murcia gentil, bella sultana,  
la rosa más galana  
que jamás arrulló la primavera,  
ayes frescos y tupidas frondas  
quiebra el áura sus ondas  
y canta el ave dulce y placentera.

Do sus bosques el ámbito perfuman  
y de frutos abruman  
la débil rama que se inclina al peso,  
y su néctar la vida derramando,  
hasta en el aire blando  
hace sentir su apasionado beso.

Reclinada en la alfombra que el Segura  
esmalta de verdura  
y borda en franjas de vistosas flores,  
á los rayos del sol alza su frente  
donde brilla esplendente  
la aureola inmortal de sus amores.

Feliz y hermosa, sus tranquilos días  
desliza entre alegrías  
que aumentan sus hechizos eternos,  
y al par que galas con orgullo ostenta,  
noble y augusta cuenta  
de sus hijos los triunfos inmortales.

Triunfos del génio que fulgores vierte,  
y el pasado convierte  
en argentado y trasparente velo,  
do la gloria, á través, muestra sus huellas,  
cual muestran las estrellas  
su clara luz tras el crespon del cielo.

¿Quién con Murcia compite? En los flores  
que esmaltan los blasones (nes  
de su lustre y nobleza, entrelazados  
véñse, cual rico y sin igual tesoro,  
entre esmeralda y oro,  
cien nombres, por los tiempos venerados.

Fátima allí destácase en la cumbre

vertiendo pura lumbre  
de su númen que al árabe fascina,  
y al eco de su voz, dulce y suave,  
como el trino del ave,  
naturaleza ante sus piés se inclina.

El arpa suena de Jacinto Polo  
cual la lira de Apolo  
del sacro Pindo en la risueña falda,  
y escribiendo de Murcia los anales  
surge inmortal Cascales,  
la sien ceñida de gentil guirnalda.

Copiando de los cielos la belleza,  
del arte la grandeza  
muestra Villacis con pincel divino;  
Ruiperez y Pascual sus huellas siguen  
y láuros mil consiguen  
que abrillanta la mano del destino.

Bergáz el mármol al cincel doblega  
y opulento despliega  
el lujo de su ardiente fantasía:  
Soriano al arte un monumento labra,  
y su inmortal palabra  
es la voz del sonido y la armonía.

También Salzillo, inspiración gloriosa,  
con mente prodigiosa  
surca del cielo las etéreas salas,  
y de su númen al potente aliento,  
brotan como un portento  
un mundo nuevo de riqueza y galas.

Y como faro que en inmensa altura  
en clara luz fulgura  
y se alza ingente sobre el mar bravío,  
el gran Saavedra, del hispano gloria,  
gigante de la historia  
hace allí de su génio el poderío.

Y por si Murcia, de su lustre avara,  
más timbres anhelara  
para ostentar su imperio sin segundo,  
amante, al punto, á la triunfal corona  
su grandeza eslabona  
Floridablanca, admiración del mundo.

Y Selgas y Romea, en cuya frente  
con un rayo fulgente  
desprendido de Dios; el nímbo brilla,  
aun encienden el pecho de entusiasmo,  
y absorta, en mudo pasmo  
España entera su cerviz humilla.

¡Oh gloria sin igual! La horrenda muerte  
que hasta en polvo convierte  
los palacios que eleva el despotismo,  
á las plantas del génio aprisionada,  
su diestra ensangrentada  
detiene, y rueda al fondo del abismo.

Murcia, henchida de amor, con noble  
abre en su seno un templo (ejemplo  
para dar á sus héroes fiel tributo,  
donde al calor del maternal regazo  
brote el estrecho lazo  
que une á la madre con su dulce fruto.

Y así arrancando del eterno olvido  
el nombre esclarecido  
de los que forman su glorioso emblema,  
nuevos laureles y esplendor alcanza,  
y el sol de la esperanza  
alumbra y orna su gentil diadema.

Oh! cante el génio de la patria mía  
con dulce melodía;  
tienda el espacio con su voz gigante;  
el viento cruja entre el aplauso inmenso,  
y el ánimo suspenso  
himnos de amor del corazón levante.

Y las hijas del Táder cristalino,  
cuyo rostro divino  
es de la aurora admiración y encanto,  
con guirnalda de mirto coronadas,  
también alborozadas  
al cielo eleven su armonioso encanto.

Y cuando el tiempo en su rodar violento  
con destructor aliento (to  
hombres y siglos en su seno esconda,  
de Murcia al nombre por la fama escrito,  
con resonante grito  
el eco de sus triunfos aun responda.

Andrés Blanco y García.

¡El Génio! luz brillante en la esfera del pensamiento humano, centro de donde parten como fulgentes rayos, las ideas que impulsan el progreso, que enaltecen la civilización, voz solemne que conmueve todos los corazones, que penetra todos los sentidos.

¡El Génio! vedlo en la edad presente en Lessep, enlazando dos mundos por medio de una cinta de plata; en Edison, profundizando los secretos de la ciencia, para retener y reproducir la voz humana; en Victor Hugo, robando á la mente ideas luminosas para la sociedad; en Castelar, adivinando, mejor dicho, creando la belleza de la palabra, de la frase, en la sublimidad del pensamiento, para cantar el amor á Dios, el amor á la patria, el mundo del espíritu, del sentimiento, del arte; vedlo, por fin, como destello de la divinidad, vivir siempre en las generaciones y en la historia.

Homero, el vate privilegiado de la Grecia, cantó sus inmortales poemas, la Iliada y la Odissea, y aquellos acentos, aureola divina de su gloria, resonaron en el orbe para no extinguirse nunca.

Los cantos de Horacio y de Virgilio, anatematizando la guerra, en el siglo de oro de la poesía latina; la voz sonora de Cicerón, aplaudida por la muchedumbre romana; el triste acento del Tasso; el grito desgarrador del Dante, proscrito de su patria; la irónica carcajada de Cervantes al arrojar al mundo el canto de la locura humana; resonaron también á través de los tiempos y siguen magestuosamente su marcha, para ser el asombro de las edades que vendrán.

Esta es la mayor grandeza á que pueden aspirar las creaciones de la inteligencia; esta la gloria conquistada por Saavedra Fajardo.

¡Saavedra Fajardo! este hermoso país nació blanda y cariñosamente su cuna; este poético suelo, perfumado con el azahar de sus bosques de naranjos, sombreado de gigantescos árboles, bordado de flores, como de estrellas el firmamento; de cielo tan puro, como radiante el sol de los espacios; de aves tan elocuentes en sus trinos, como sublimes las manifestaciones de la creación; de mujeres tan espléndidamente bellas, como deliciosa la brisa suave de los campos; este poético suelo, agitó dulcemente las ilusiones de su juventud, las esperanzas de su vida, que fueron como los vagos primitivos rumores de su portentosa imaginación.

Leed sinó sus obras, y beberéis en ellas, en lo elevado de sus ideas, las aguas del arroyo límpido de sus inspiraciones, en el espinoso campo de la política, en el árido y escabroso de la filosofía, en el instructivo y ameno de la historia.

Leed sinó sus hermosas máximas, y descubriréis en ellas, á través de ese profundo y severo juicio con que las reviste, de esa sábia doctrina con que las dulcifica, de esas galas del ingenio con que las adorna, un corazón que transparenta la virtud, un alma que destella la luz de la moral mas pura, una inteligencia que asciende á todo lo que es sublime, para llevar á otras almas, á otros corazones, á otras inteligencias, todo lo que es bello, todo lo que engrandece y dignifica.

Ovidio, el poeta del sentimiento, cantará deli-



ciosamente el placer, la dicha de la vida; la apasionada Safo, modulará sonidos arrebata-dores, como el amor ardiente que sentia; Goethe, sus-tes melodias y dulcissimas baladas; Saavedra Fa-jardo, el ilustre y virtuoso escritor, recibirá por hilos invisibles la inspiracion del cielo, tendrá am-biente de aquel ambiente, luz de aquella luz, vida de aquella vida; reflejará con los fulgores del gé-nio la grandiosidad del pontificado, de la religion cristiana, fuente purísima de nuestras mas gratas impresiones; despertará con la dulzura de su voz, con lo expresivo de sus acentos, á los que duermen el sueño del escepticismo, y renacerán á la virtud y á la vida del sentimiento, y al pasar las edades, Murcia, el país clásicamente bello, se hon-rará por medio de sus hijos, ante los restos de Saavedra Fajardo, y grabarán este nombre en el Augusto templo de la inmortalidad.

### Tomás Galiana.

#### CANCION HERCICO-ELEGIACA.

Las cenizas de los varones he-roicos se conservan en los obe-liscos eternos del aplauso co-mun.—«Empresas Políticas».

SAAVEDRA FAJARDO.

Despierta, hermosa ninfa del Segura,  
al dúlcido cantar de ruiseñores,  
en el mes de las flores,  
donde visten los campos galanura  
y las mieses doradas,  
escucha la armonía de las hadas  
que llaman al concierto,  
y no te apene el féretro de un muerto:  
ni los nobles corceles enlutados,  
ni las carrozas que los restos llevan  
que se vieron tres siglos olvidados!

El corazon y el alma,  
á sentimientos lúgubres no elevan,  
que es la feliz memoria  
de aquel varon ilustre que su palma  
inmarcesible recibió en la historia.  
Tal vez ostente el huracan su fúria  
y el tiempo, su tributo demandando,  
estátuas derribando,  
el bronce y mármol sufran ¡ay! injuria.  
Mas, como dijo Horacio,  
la fama vive eterna en todo el Lácio,  
por eso Murcia á una  
recibe los aplausos de tu cuna.

Miremos la materia como un signo  
para elevarnos al celeste otero:  
aquella luz gloriosa  
de Augusto con mis éxtasis prefiero,  
aunque fuese engañada,  
á oír la Parca en noche tenebrosa  
decir «Saavedra» ¡todo está acabado!  
La ciencia de Herodoto cultivaste,  
el habla de Castilla no ofendiste,  
de Salamanca fuiste  
la gloria cuya fama realizaste.  
Das á un príncipe ilustre altas ideas,  
en las que brilla la moral cristiana;  
parece que con ella te recreas,  
mostrándola tan pura  
cual lo castizó de la lengua hispana.

Recibe de este suelo,  
aunque á tu gloria sea luz oscura,  
el justo aplauso que te manda al cielo.

Ilustres académicos reunidos,  
á su memoria haced un homenaje,  
y en sublime lenguaje  
decidle que le estais agradecidos  
al que por nuestra gloria  
lo fué en humanas letras y en historia.

Los campos y jardines

dejad sin avecillas y sin flores,  
bellísimas doncellas del Segura;  
poetas é inspirados trovadores,  
con lirás y laudes  
del ruiseñor que canta en la espesura.  
los trinos concertando,  
cantad del gran Saavedra las virtudes,  
que en el empíreo las está escuchando.

Gloriosa Murcia ostente noche y dia  
ricos adornos, luminarias bellas,  
que copien las estrellas,  
la aurora, el cielo azul y su armonía.

Del templo en lo sagrado,  
son tus restos el mejor dechado,  
de gloria acrisolada,  
de propios y de extraños codiciada;  
si en el espejo de tu mármol vieras  
un alma reflejarse, que la inspires  
lo que en el mundo para tí quisieras,  
sirviéndole de ejemplo  
con tus virtudes, y por ella mires;  
pues todo me asegura  
que de la gloria en el egregio templo  
benedicirás los hijos del Segura.

### Nicolás Acero y Abad.

#### A SAAVEDRA FAJARDO ANTE SUS RESTOS.

¡Ah Saavedra, Saavedra! Junto á estos  
despojos de tus restos,  
páreceme sentir que flota errante  
tu espíritu sublime, y aún que espira  
el canto de mi lira  
ante tanta grandeza vacitante.

Cuando á tu lado, pensativa y triste,  
pregunto lo que fuiste  
me responde una voz dulce y secreta:  
«Estos restos, que ves, son los de un hom-  
que gozó de renombre, (bre  
que fué sabio, y político, y poeta.»

Fuiste poeta, sí. Que es la poesía  
divina luz que guía,  
á todo cuanto es grande, al pensamiento:  
luz que en el fondo de las almas arde  
como si sólo aguarde  
para brotar, el choque del talento.

Tu sentiste en tu alma el sacro fuego  
que el mundo admiró luego  
en las obras sublimes que dejaste.  
Al repasar de la española historia  
las páginas de gloria,  
como el poeta sueña, tú soñaste.

Y en tus sueños, la espada de Pelayo,  
cayendo como el rayo  
sobre el fiero enemigo, te hechizaba,  
pensabas que sin ella tan bravía,  
tal vez hoy se vería,  
la española nacion, del moro esclava.

Y pasaban, después, ante tu vista  
en mágica revista,  
aquellos invencibles escuadrones,  
honor de nuestros reyes, que lucharon  
hasta que al fin plantaron  
En Sevilla y Granada sus pendones.

No era el furor de la cruenta guerra  
que, asolando la tierra,

siembra doquier espanto, luto y pasmo;  
lo que llenaba de tan justo orgullo  
el noble pecho tuyo  
al mirar hacia atrás con entusiasmo:

Era ver la península española  
reuniendo en una sola  
tánta y tánta corona empobrecida;  
era cada victoria, cada hazaña  
de los hijos de España  
formáncolas á costa de su vidual

Pero el sueño de gloria y de ventura  
para siempre no dura,  
las ilusiones pasan con los años  
y las tuyas, Saavedra, las perdiste  
cuando apenado viste  
el presente de amargos desengaños.

La noble España de Isabel primera  
que orgullo te infundiera,  
perdiendo su grandeza y poderío,  
marchaba hacia el abismo tenebroso  
cual corre impetuoso  
al hondo mar el caudaloso rio.

Al mirarla caer, un pensamiento,  
grande cual tu talento,  
halló vida en tu mente creadora:  
quisiste, convirtiéndote en su egida,  
detener su caída  
y que volviera á ser reina y señora.

Por eso alzando audaz tu noble frente,  
enérgico y valiente,  
emprendiste la lucha con denuedo;  
como cincel que con sus golpes labra,  
tu mágica palabra  
ni se cansó jamás, ni tuvo mie lo.

Mas al hacer esfuerzo sobrehumano  
ay! luchabas en vano  
por sostener la exhausta monarquía,  
que marchaba impelida hacia el abismo;  
tal vez el peso mismo  
de su inmensa grandeza la perdía.

No la viste caer porque la muerte  
redujo á masa inerte  
tu cuerpo; mas cayó, cayó tan bajo,  
que pudo algun tirano adormecerse  
con la ilusion de hacerse  
su dueño, sin fatiga, ni trabajo.

Embriagado, soñando la victoria,  
borró de su memoria  
que el hijo de esta tierra, ardiente y bravo,  
antes vierte la sangre de sus venas,  
que consentir cadenas:  
antes quiere morir, que ser esclavo.

Preteniendo, insensato, con su tropa  
cambiar la faz de Europa,  
y formar á su antojo las naciones  
creyó que España cual las otras era  
y mandó á la frontera  
dispuestas al combate sus legiones.

Pero alzóse rugiendo el leon de España  
y venció en la campaña  
el soldado bisoño al aguerrido,  
á aquel que torpemente le injuriara  
forzóle á que temblara  
el despertar de su valor dormido.



Y desplegada al aire la bandera  
gloriosa y altanera  
siguiéronla del niño hasta el anciano.  
¡Con cuánto noble orgullo España cuenta  
como vengó su afrenta,  
humillando el orgullo del tirano!

Qué fué de tí entretanto? Fué turbado  
el reposo sagrado  
de la tumba y el templo, y el capricho  
de hombres que sólo la codicia mueve,  
quitó con mano aleve,  
la losa funeraria de tu nicho.

Y rodando más tarde por el templo,  
para admirable ejemplo,  
de la inconstancia de la gloria humana,  
fuiste prueba elocuente, y muda queja  
de que tu patria deja  
lo que hoy aplaude, en soledad mañana.

Mas todo ya pasó. Cubra el olvido  
de estas fiestas el ruido,  
la historia de esos días. La dulzura  
conoce de la paz, ya que has probado  
en el tiempo pasado  
de guerra asoladora la amargura.

Estos pobres despojos, que á su cuna  
han vuelto por fortuna,  
para siempre tendran sepulcro honroso,  
y la tierra bendita que te diera  
tu inspiracion primera  
á tus restos dará paz y reposo.

Y hoy y siempre, Saavedra, eternamente,  
mientras el mundo aliente,  
mientras vivan los hombres y la historia,  
España ostentará con noble orgullo  
escrito el nombre tuyo  
en sus brillantes páginas de gloria.

**María de Yarmouth.**

Murcia 6 Mayo de 1884.

### LA PAZ DE WESTFALIA.

La tenebrosa noche descuelga sus crespones,  
sobre el caduco mundo que agonizante está.  
Del tiempo, la campana con funerales sonos,  
dobla por un pasado, que envuelto en los girones  
de su tirana enseña, hácia el sepulcro vá.

Pera ¡ay! que en la agonía del último momento;  
en la angustiada lucha de su postrer fulgor;  
en su espirante queja; hidrópico, sediento,  
cual tigre de venganza, esparce por el viento  
el hálito de muerte de su infernal renaca.

No tiene el prado flores, ni viste la colina  
su manto de esmeralda, ni sonriente el sol,  
en aromoso seno de rosa purpurina,  
al líquido diamante de gota cristalina,  
no besa enamorado con besos de arrebol.

Ni al declinar la tarde el esquilon resuena,  
del triscador ganado que torna á su redil;  
la choza vuelta escombros; el campo sin verbena,  
perdido, inculto, seco; y de silencio llena  
la soledad no turba ningun cantar gentil.

Bandidos despiadados, el monasterio santo,  
sacrílegos asaltan en noche de terror;  
y blasfemantes, ébrios, no les aplaca el llanto  
de pudorosa virgen, que lívida de espanto,  
desesperada ruega, colgada al Redentor.

El ánimo medroso de la indefensa gente,  
en estupor perplejo se siente agonizar;  
y ya no lucha; rueda desde la roca ingente,

sin que la santa ofrenda del rezo balbuciente,  
cual súplica, ante el trono de Dios vaya á rodar.

Y ya la noche cae; y la tormenta avanza;  
la muerte ansiosa corre con ávido furor;  
se espesan las tinieblas; aumenta la matanza;  
y al horizonte negro el límite no alcanza  
el alma sumergida en tribulante horror.

Que ni aun el techo santo de catedral bendita,  
la vida del medroso consigue proteger;  
que loca, sin respeto, sacrílega, maldita,  
la turba despiadada, que mil blasfemias grita,  
en el Sagrario Santo la sangre vá á verter.

En tan confuso caos, el mundo se estremece,  
como Títan prensado en potro de crueldad,  
se lucha en la tiniebla; y el día que amanece  
en el sangriento hierro se mira y resplandece  
indiferente, frio, sin saña, sin piedad.

Y cuenta ya tres siglos la lid desesperada,  
en que el cortante acero esgrime la pasión;  
y cuando el cuerpo rueda, la sanguinosa espada  
descansa ¡bajo un muerto! que nadie en la jornada,  
ni dá cuartel á nadie, ni pide compasión.

De santa Apocalipsis semeja aquello el día,  
en que la vida toda se apresta á sucumbir;  
en que á matanza toca la gran trompetería  
de la legion celeste, que el Poderoso envía,  
con fuego, por sus culpas, el mundo á consumir.

Y pueblos y naciones y razas, el profundo  
abismo de la sombra, se bebe sin cesar;  
ni elige ni perdona, que al desplomarse el mundo,  
la fé con la blasfemia, lo grande con lo inmundo,  
en el sepulcro frio se vienen á mezclar.

Y los poderes ruedan; y no hay respeto á leyes;  
la espada es la justicia; la fuerza la razón;  
y la imperial diadema que diviniza á reyes,  
rodando en los cuarteles de pretorianas greyes,  
se vende en puja abierta de público pregon.

¿Qué maldicion al mundo su Infierno le derrama  
ni qué profeta santo su destruccion cantó? (ma,  
¿Es que ensordece el Cielo cuando la angustia llama?  
(ma?  
¿O, acaso Dios, al grito que compasión reclama,  
para vengar ofensas, á su Luzbel mandó?

¿Por qué en la plaza hacinan la leña los sayones,  
y dan fuego á la hoguera que abrasa al infeliz?  
¿Por qué en el duro potro, que aprietan las pasiones,  
se martiriza al hombre?... ¿Verdugos corazones,  
de la piedad cristiana no os queda ni raiz?

Que nunca, como entonces, la mísera conciencia  
en su pavor contrita, le pide á Dios piedad;  
y en su gritado rezo, los brazos con demencia  
alzando al Cielo, busca la Santa Providencia,  
y entre su lloro ruega perdón y caridad.

Le reza al Dios del hombre; al que marcó el destino,  
desde ab-eterno, el Padre, de darnos redencion;  
al que perdona amando; á su Jesus divino,  
¡No al del Sicario fiero, de faz de pergamino,  
que quiere hacer un templo de infame Inquisicion!

Mas ¿cuando á la contienda sucederá la calma?  
¿Cuando el arnés trenzado descenderá el doncel?  
¿Cuando descansa el hierro? ¿Cuando la santa palmeación  
se eleva en los aires, le vaticina al alma, (ma,  
que ha muerto aquella guerra de lucha sin cuartel?  
(tel?

¿Cuando...? muy pronto.. ¡ahora..! en el solemne  
(ne instante  
en que consiga el triunfo la santa libertad. tante  
Que cuando quiere un pueblo ser libre no es basta  
para impedirlo el Mundo; pues quedará triunfante  
de todos los Tiranos que aborte la crueldad.

Pues con sus propio cuerpo, rellenará el vacío  
del foso de la fuerte despótica mansión;  
y escalará sus muros, sin armas, ¡tiene brío!

y con su propia sangre sabrá formar un río,  
en donde ¡ahogando despotas, sacuda su abyeccion

Por eso la república de Holanda, en su ardiente  
(miento.  
empuña el estandarte, y en la sangrienta lid,  
su santa democracia lanzando el grito al viento  
de libertad ó muerte, no ceja ni un momento;  
que cuenta en la contienda por cada pecho un Cid.

Y la germana gente, su redencion buscando,  
de su grillete infame sus armas forjará;  
y la flamenca tierra, sin descansar luchando,  
irá los santos lindes de su nacion fijando,  
y libre su conciencia, su patria ganará.

Mas ¡ay! ¿por qué capricho terrible de la suerte?  
¿por qué enigma que acaso se le ocurrió á Luzbel,  
la senda del progreso serpea entre la muerte;  
y tinta esta de sangre que en el combate vierte,  
el ominoso hierro, desapiadado y cruel?

¿Por qué?... Porque la bestia de la reaccion mal-  
sintiéndose acosada se encierra en su cubil; (dita,  
y allí la busca el héroe, que con su sangre escrita,  
la fecha memorable de redencion bendita, (ril.  
del Tiempo en la ancha tabla de Dios graba el bu-

¿Y duerme España en tanto? La que domó al  
(destino,  
y dió la ley al Mundo que el Sol puede alumbrar;  
la que jamás el je para llegar camino;  
que todos son mejores, cuando se tiene el sino  
de no emprender la marcha sino para triunfar.

La que naciendo un día del fondo de una cueva,  
del agareno yugo la patria recabó;  
y palmo á palmo el trono de su poder eleva;  
venciendo palmo á palmo, que el pabellon que lle-  
con huesos de sus héroes la tierra blanqueó. (va

La que agotado el Mundo del viejo continente,  
en épicas victorias, el misterioso tul  
rompiendo sin reparo, con su indomable gente,  
sin norte, sin estrella, se lanza diligente  
sobre la inmensa espalda del Oceano azul.

¡España! ¡Pobre España! ¡Al fin estás vencida!  
¡Vencido y humillado tu nacional pendon!  
¿Dó está de tus guerreros la grey esclarecida,  
que nunca da la espalda por miedo de la vida;  
pues solo estando muertos desertan de la accion?

Murieron todos, ¡todos! junto á su fiel caudillo,  
por no ser derrotados siquiera ni una vez;  
pues en sus propios pechos hundiéranse el cuchillo,  
antes que la mancilla de la derrota, el brillo  
emborronar pudiera de la española tez.

Ya está la lucha muerta, la lid ya terminada,  
la herencia del Tirano en sangre se fundió.  
No te vencieron, Patria, ni el dardo ni la espada;  
vencióte la Justicia, pues no fuiste creada  
para oprimir conciencias, y Dios te castigó.

Aquella raza exótica de despotas, queriendo,  
con nobles castellanos el Mundo esclavizar,  
en su locura hambrienta, se equivocó creyendo (do  
que aqui nacen verdugos... ¡se muere aquí venciendo  
cuando estrangera gente profana nuestro hogar!

Firmada la concordia y paz en el castillo  
de Munster la conciencia, por fin liberta es,  
ya el pensamiento puede lucir todo su brillo,  
sin miedo á los tiranos, ni al fuego, ni al cuchillo;  
que al fin dió fruto el libro del moro cordobés.

Saavedra, si tu génio por sí no se bastara  
para escalar la cumbre do vive lo eternal;  
si el sol de tu talento sin propia luz brillara,  
y no faese tu nimen cincel que te gravara  
el nombre en el Palacio que guarda lo inmortal:

Si con tu ingenio el lauro de ambicionada gloria  
no hubieras conseguido; si con tu gran saber,  
en las eternas tablas de la española historia,  
por justa recompensa de fama tan notoria,  
no fueras con derecho cepítulo á tener;



Bastárate, por nombre, representar á España, en el congreso grande que el mundo transformó. Bastárate que en Munster, dijeras á la estraña bandera, que tu madre, cuyo blason no empaña ni el sol, entre sus hijos por grande te eligió.

Bastárate que vieras al triunfador germano, de mi nacion el nombre, humilde saludar, que aun sucumbiendo España, su resto soberano recojerá por glorias todo el orgullo humano que pueden sus cenizas mil mundos calentar.

Por eso nuestra Murcia, la lánguida sultana de eterna primavera, de permanente abril: la del luciente día de plácida mañana, la que con ricas blondas de purpurina grana del pabellon del cielo, envuélvese gentil:

La que en cojin de rosas, dormita junto al rio, donde morisca gúzla sus pláticas cantó; la que jamás los goces le envenenó el hastío; que siempre pura, hermosa, en lánguido amorío, en camarín de flores la vida deslizó.

La que con pura nieve, de cumbre immaculada, y con carmin celeste, fundiera á la mujer, y el corazon anima con lumbre consagrada por Dios á los amores de la pasion sagrada, (cer; que trueca en gloria el mundo y endulza el pade-

Viene amorosa, tierna, en tan solemne día tus lauros y tus glorias, ansiosa, á proclamar; viene á gritarle al mundo que es suya tu valia, y á recordarle al hijo la noble pátria mia que en este santo suelo se levantó tu hogar.

**Tomás Maestre Perez.**

Murcia 6 de Mayo 1884.

YO SABIA QUE ERA MURCIANO.

AL INMORTAL

DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

De los hombres de talla, nuestra historia nos trae á la memoria el talento y valia que ante tronos y pueblos demostraron en tiempos que pasaron: y al que á reyes les dió sábios consejos, opino, francamente, que ensalzarlo debiera solamente el vate que en el día disponga de elevada fantasía; y no el que principiante, como yo, por ejemplo, atrevido camina, llega al templo de las musas, mendiga un consonante y, sin reglas, ni nùmen, forma empeño en cantar al ilustre algezarreño.

Mas como es muy sabido, que en el siglo presente, la osadía presenta de estos casos cien al día, yo me he comprometido á cantar á Saavedra, y perdonadme la jaqueca ó sopor al escucharme.

No pretendo escribir tu biografía, político murciano del siglo diez y siete: ignoro lo que hiciste día tras día al ser hombre de Estado; y no quiero imitar á aquel pobrete cura que, inexperto, metió á Cristo en el huerto, y por más que apeló á todo recurso no lo pudo sacar con su discurso.

Si supe que tu cuna fué Aljezares, tierra fértil, tranquila y deliciosa, (que está entre los lugares que llaman de la Alberca y de Tiñosa,) sólo fué porque un fraile muy sensato de tí me estuvo hablando breve rato.

Cuando yo diez y seis años contaba, recuerdo que asistía á un colegio llamado Escuela Pía; en una de las aulas esplicaba, un padre reverendo, el mal reinado de Don Felipe IV, y dijo: «Este monarca desdichado á dos hombres les dió poder y brillo, á Saavedra que fué sabio y honrado y al nécto Conde-Duque que fué un pillo.» Y haciéndome una seña, con la mano, que era igual á decirme: ¡ten memoria! añadió el reverendo: «Nuestra Historia afirma que Saavedra fué murciano.» Yo que en Murcia he nacido, desde en-

(tonces, tu nombre ¡oh Saavedra! he pronunciado con indecible agrado, sintiendo que en tu pueblo no haya bronni un mermol, ni un grabado, (ces, que recuerde á los de hoy a cada instante que en talento y honor fuiste gigante.

Quizá, por que en el día está admitido salvar un pabellon comprometido, con variar un ministro ó el gobierno por otro, aunque sea el del infierno, creerán que no es hazaña que merece alabarse discutir y alcanzar paz para España sin tener el Leon que avergonzarse. Por eso, si mis fuerzas igualaran siquiera á la mitad de lo que quiero, mis versos, de esta noche, se bastaran para hacerle saber al mundo entero, que los génios cual tú, hay que adorar con ciega idolatría, (los hora estén vivos ó en la fosa fria.

Más, comprendo que en letras soy pig-en política. cero; y por lo tanto, (meo; el eco de mi canto no ha de hacer realizable mi deseo.

Sin duda, mi lenguaje casquivano á Saavedra ha ofendido; lo comprendo, y por ello, ahora mismo, de él pretendo me dispense, que al fin, soy su paisano.

Tu perdon ¡oh Saavedra! necesito por haberme ocupado de tu nombre, que siempre he repetado, ¿Más, qué remedio darle si está hecho? Si dispensas me quedo satisfecho: y al otro Centenario, yo prometo no cantarte ni en silva ni en soneto.

**J. A. Soriano Hernandez.**

Marcia 6 de Mayo del 84.

A SAAVEDRA.

¡Tambien á ti, gran Fajardo, la pátria que honraste un día el honor que te debía te pagó con gran retardo!

De cuantos génios han sido fué común y triste suerte sufrir en muerte otra muerte más espantosa: el olvido.

¿Qué importa que vengadora del polvo en que se les tiene siempre en el tiempo resuene de las justicias la hora?

Renace su fama, medra, ante ella el mundo se humilla, cubrir quiere su mancilla con monumentos de piedra;

Y en vano busca en su afan lo que ignorar le desdora: cuando alza el túmulo, ignora

dónde los huesos están.

¡Realidad, presente impuro, aparta, soñar ansío; recobra tu antiguo brío, gran Saavedra, á mi conjuro; Y dame, sombra querida, que pueda olvidar al verte, desengaños de tu muerte con las glorias de tu vida.

Mas qué cuadro va a fingir mi engañada fantasía? Ura vasta monarquía que iba de ineptia á morir;

Un rey que *El Grande* pudieron menguados grandes nombrar, porque ávidos de adular con su ruindad le midieron;

Un torpe, audaz favorito que jamás en su conciencia de la pátria en decadencia oyó el lastimero grito;

El leon que siempre lidiaba, mas ya eclipsada su gloria le olvidaba la victoria causada de ser su esclava.

Y un pueblo sin otros fines que dar su sangre y su oro, para morir con desdoro y para impuros festines.

Sólo el arte entre esplendores, siguiendo su leal costumbre, sobre tanta podredumbre echaba un velo de flores.

El arte y tú, nuevo Atlante conteniendo en su caída la gran mole carcomida de un imperio vacilante.

Tú, que apurando la copa de nuestro muerto prestigio, obrabas el gran prodigio de sostenerlo ante Europa.

Tú *El Grande*, el más eminente de aquella generacion, sobre cuya corrupcion alzabas la pura frente.

Que besaba con tristeza de su ocaso en el desmayo el último débil rayo del sol de nuestra grandeza.

Si alguna vez tu destino viste á través de tus años, reparando agenos daños incesante peregrino,

Bien pudiste desear prósperos tiernos serenos para tu vejez, ó al menos en la tumba descansar.

Y que allí de gloria tanta, legada á la hispana historia, te guardasen en memoria como una reliquia santa.

Mas ¡ay! ¡Ilusion falaz! Nacidos para la guerra, en nuestra española tierra, ni aún los muertos logran paz.

Miro extranjera legion, profana osar á tu tumba, un claustro que se derrumba sobre tal profanacion;

Luego... sombra; nuevo ultraje que hace á tus huesos la incuria, entregados á la injuria del tiempo y de su oleage;

La armadura ya deshecha con que en paz tanto venciste



y que al suelo en que naciste  
hoy llega rota y maltrecha,

Como en pos del temporal  
piadosa ola murmurante,  
restos del naufrago errante  
deja en su playa natal.

Que nos queda? ¡Ay Dios! ¡Apenas?  
un mundo cráneo vacío,  
recogió tu pátrio río  
en sus doradas arenas.

Más ahí que vale un tesoro  
de tan excelsa valía  
que ya de la pátria mía  
será el principal decoro.

Resto digno de tu nombre:  
en tan augusto aposento  
habitó tu pensamiento,  
y el pensamiento es el hombre.

De su cavidad oscura...  
¡Cuán anchuroso el espacio!  
Moradas como un palacio  
Dios al génio le procura.

¡Cuanto lujo y opulencia  
esa bóveda vería  
cuando en su centro pendía  
la luz de tu inteligencial

Dando á la mente recreo,  
¡qué peregrinas pinturas,  
de alegóricas figuras  
en fantástico museo!

Por sus espaciosas salas,  
¡qué gallardos y gentiles  
pensamientos varoniles  
con ricas, severas galas!

¡Qué de brillantes ideas,  
cuyo cándido ropage  
ornó después el lenguaje  
de retóricas preseas!

Allí el valor que se ufana,  
el honor y el patriotismo  
departen del heroísmo  
con la altivez castellana.

Allí el tardo meditar,  
el rápido resolver,  
la audacia para emprender,  
el tesón para triunfar.

El saber que no se sácia  
y todo indagarlo anhela,  
en la sombra la cautela,  
maestra de la diplomacia.

Todo el pasado esculpido;  
cuanto pasaba en redor;  
como en profético albor,  
mucho que después ha sido.

Y tanto elemento váric  
fundiendo en bella armonía,  
la fé de Cristo que hacía  
del recinto un santuario.

De allí, en sonoro raudal  
de magestuosa corriente,  
fluyó el saber elocuente  
para enseñanza inmortal.

De allí la dulce ambrosía,  
la esencia, el divino aroma  
de las flores del idioma:  
la embriagadora poesía.

De allí, como de un crisol,  
limpio de exótica escoria,  
dando destellos de gloria,  
el puro idioma español.

De allí el consejo profundo,  
la docta y blanda censura,  
su ser entero en su hechura,  
las obras que aplaude el mundo.

Tuviera yo el alto don

del nùmen que el alma inflama,  
y en digna voz de tal fama  
brotára mi inspiracion.

Lucid, vates, los primores  
de vuestro canto armonioso;  
ciñan la sien del coloso  
de vuestro ingenio las flores.

Yo absorto al son celestia!  
veré en su magnificencia  
el vaso de aquella esencia,  
la fuente de aquel raudal.

¡Y resto de tal cabeza  
de emblema sirvió en un templo!  
No hallaron para alto ejemplo  
resto de mayor grandeza.

Ah! No más peregrinar  
ignorado, ni insepulto,  
ya tu pátria te dá culto  
y el entusiasmo un altar.

==

Hoy que en postracion gemimos,  
y el rostro en rubor enciende  
ver que sólo nos defiende  
la sombra de lo que fuimos;

Hoy que amaga una nacion  
mancillar en nuestra mengua  
nuestro último bien: la lengua;  
el arte: ¡el postrer blason!

Hoy que va sin rumbo cierto  
nuestra combatida nave,  
y nadie el camino sabe  
para arribar á buen puerto;

Y la virtud maravilla,  
y es locura el sacrificio,  
y logra aplausos el vicio,  
si bajo artesones brilla:

Ante el mármol que te encierra,  
vaya esta generacion  
y en busca de inspiracion  
hinque la rodilla en tierra.

Allí tus obras medite,  
y halle en perdida calma,  
dale la luz de tu alma;  
que tus virtudes imite.

Y cada cual al sentir  
regenerada su esencia,  
para una nueva existencia  
pueda ostentar al morir,  
Como su mejor hazafia,  
si no logra tu laurel  
al menos una hoja de él:  
¡ser hijo amante de España!

R. Sanchez Madrigal.

## BOLETIN RELIGIOSO.

*Santo de hoy.* — La Aparicion de San Rafael arc.

*Vela y Alumbrado.* — Está hoy en las iglesias de San Miguel y Santa Clara.

En la primera por D. Antonio Lopez y Lopez, congregante, misas de media eu media hora.

Y en la segunda por D. Luis Senac y doña Antonia Huertos y su hija Sor Cayetana, religioso que fué de dicho convento; misas de hora.

**CULTOS.** — Continúan los Ejercicios piadosos de Las Flores de Mayo á Nuestra Señora del Amor Hermoso, en la iglesia de S. Agustín. Hoy predicará sobre «Pureza Virginal de Maria» D. Rafael Bernabeu.

**INTERESANTE AL PUBLICO.**  
Desconfien de los elixires, tinturas, ó tesoros que no lleven el nombre del autor.

*La perla maravillosa de la boca.*

Preparada por Lorenzo Vicente y Moreno, practicante de Medicina y Farmacia.

Calma en dos minutos los más fuertes dolores de muelas. Afirma las vacilantes, preserva de la caries, y sarro; evita con su uso las irritaciones, fluxiones y mal olor del aliento.

Es el mas económico, pues un frasco que cuesta cuatro reales, dura tres meses.

De venta en la farmacia del Sr. Pino y Vivo, Príncipe Alfonso, núm. 1 y en el Bazar Veneciano.

## ACADEMIA DE MATEMATICAS

BAJO LA DIRECCION DE

**Don Antonio Massuti de Meneses,**  
*individuo del Cuerpo de Estadística,*  
*San Antonio, 34, pral.*

Preparacion completa para el ingreso en la Academia general militar y Cuerpos de Estadística, Topógrafos, Telégrafos y Ayudantes de Obras públicas, cuyas convocatorias están próximas á anunciarse. Continúan las clases para el ingreso en el de Aduanas. Repaso de las asignaturas de ciencias para los exámenes del Instituto y Grado de Bachiller.

Horas de 2 á 5.—Honorarios convencionales.

24

## CONFITERIA

**DE FEDERICO MORENO, Vidrieros.**

Pastas para el chocolate y para postres.

Bollos de Antequera, á 6 reales libra; madroños de manteca de vaca, 6; pastelillos suizos, 6; pasta de Viena, 6; pasta de viaje, 6; petisul, 6; rollos de Castilla, 6; rollos de Jaca, 6; rollos de hojaldra, 6; rollos de manteca de vaca, 6; rollos de manteca de cerdo, 6; rollos de carrucha, 5; rollos de hojarasca, 5; rollos á la portuguesa, 6; rollos de fresa, 6; rollos mallorquines, 6; rollos de Galicia, 6; rosca de aceite, 6; tallos de Venecia, 6; orejetas de fraile, 6; tortas de monas, 6; frailes dulces de huevo, 6.

## GRAN BARATO

**DE LOZA Y CRISTAL,**

*Calle de la Frenería, número 33.*

Se acaba de recibir un completo surtido de calzado para la próxima temporada, con notable rebaja de precios.

15-14

## DENTICINA INFALIBLE.

Lo saben todas las madres. Ni un sólo niño muere de la denticina, pues los salva aún en la agonía, brotan fuertes dentaduras, reaparece la baba, extingue diarrea y accidentes, robustece á los niños y los desencanija. Una caja, 12 rs., que remite por catorce el autor P. F. Izquierdo, Madrid, Pontejos, 6, botica, y en todas las boticas y droguerías de España, y en las de Murcia y Cartagena.

60-12

**S**E DAN LECCIONES á domicilio, de todos los ramos que abraza la primera enseñanza, á precios sumamente módicos. Darán aviso, calle de Marmolejos, número 6. bajo. 25-10

**ROBUSTIANO DELGADO,**  
PROFESOR

## DENTISTA

**Sucesor de D. Carlos Francelius.**

Pone toda clase de dientes, desde uno hasta la dentadura completa, y hace todas las operaciones concernientes á su profesion.

Ofrece al público su gabinete, situado en esta ciudad, calle de la Sociedad.

Horas de consulta, diariamente, de ocho de la mañana á seis de la tarde.

**LA LIDIA** Periódico taurino semanal, de venta en la librería de D. José Ramirez, precio de un número 15 céntimos. Se admiten suscripciones á dicho periódico, un trimestre 3 pesetas.

6-3

Imp. de EL DIARIO, San Nicolás, 22.